



PONTIFICIO CONSEJO
PARA LA PROMOCIÓN DE LA
NUEVA EVANGELIZACIÓN

24 HORAS PARA EL SEÑOR

25 DE MARZO DE 2022

EN ÉL, TENEMOS EL PERDÓN
(REF. COL 1: 13-14)

VIERNES 25 DE MARZO - 5:00 P.M.

**Basílica de San Pedro
Celebración de apertura
con el **Papa Francisco****

#24horasparaelSeñor

24 HORAS PARA EL SEÑOR

25-26 de marzo de 2022

Por medio de Él tenemos el perdón (Cfr. Col 1, 13-14)

Subsidio litúrgico – pastoral

Introducción general a la iniciativa

I Parte: La Confesión

- 1.1. Reflexión sobre el Sacramento de la Reconciliación hoy (**S.E.R. Mons. Rino Fisichella**)
- 1.2. Testimonio de conversión (**Leonardo Mondadori**)
- 1.3. ¿Cómo prepararse a la confesión?
 - Reflexión sobre el examen de conciencia (**Papa Francisco**, 4 de septiembre de 2018, Santa Marta)
- 1.4. ¿Cómo confesarse?
 - Celebración individual del Sacramento de la Reconciliación
- 1.5. ¿Qué hacer después de la confesión?
 - Buscar la santidad (Sierva de Dios, **Sor Thea Bowman**)

II Parte: La Vigilia

- 2.1. Introducción celebrativa
- 2.2. Celebración Penitencial
- 2.3. Esquema de Adoración Eucarística
- 2.4. Lectio Divina sobre 2 Cor 5, 17-21 [2ª Lectura del IV Domingo de Cuaresma] (**Pbro. Omar López García**)

Introducción general a la iniciativa

El presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para ayudar a las parroquias y comunidades cristianas a preparar la iniciativa **24 horas para el Señor**. Se tratan, por supuesto, de propuestas que pueden adaptarse a las necesidades y costumbres locales.

En la noche del viernes 25 de marzo y durante toda la jornada del sábado 26 de marzo, sería significativo prever una apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acceder a las Confesiones, preferiblemente en un contexto de Adoración Eucarística animada. El evento podría comenzar el viernes por la noche con una Liturgia de la Palabra para preparar a los fieles para la Confesión, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva el sábado por la tarde.

La **primera parte** de este subsidio presenta algunos pensamientos que nos ayudan a reflexionar sobre la razón de ser del Sacramento de la Reconciliación. Los textos nos preparan para vivir de manera consciente el encuentro con el sacerdote en el momento de la confesión individual. También es una provocación para superar cualquier resistencia que se suele poner para evitar la confesión. Se ofrece un testimonio que ilustra el camino de la propia conversión: una ayuda para reflexionar sobre el propio cambio y la conciencia de la presencia de Dios en la propia vida. Además, se presenta la vida de una persona, capaz de inspirar nuestra propia vida para realizar obras de misericordia y continuar el crecimiento personal después de recibir la absolución de los pecados.

La **segunda parte** puede utilizarse durante el tiempo en que permanezca abierta la Iglesia, para que los que vengan a confesarse puedan ser ayudados en la oración y la meditación a través de un camino basado en la Palabra de Dios.

I PARTE: LA CONFESIÓN

Tanto poder tiene esta breve palabra: confesión. Son tres sílabas. Pequé; pero en estas tres sílabas subió al cielo la llama del sacrificio del corazón. Si uno hace la penitencia con sinceridad, se libera del vínculo que lo ataba, separándolo del cuerpo de Cristo.

San Agustín, *Del Discurso 393*.

1.1. Reflexión sobre el Sacramento de la Reconciliación hoy

La invitación de Pablo a vivir intensamente la oportunidad de recibir el perdón ofrecido por Cristo forma parte de un contexto más amplio en el que el apóstol pretende hacer partícipe a la comunidad de Colosas del gran misterio de Jesús. Sabemos que uno de los temas centrales de la Carta es sacar a la luz el misterio de Cristo que supera todo conocimiento. Él es el icono mismo del Padre, el primogénito y el fin último de la creación, así como el comienzo de la nueva vida generada por su resurrección. En Él habita la plenitud de todas las cosas, porque "por medio de él quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20). La continua exhortación que domina toda la carta tiende a hacer que los destinatarios se mantengan firmes en su fe inicial. Aquello que los cristianos han recibido merece ser conservado no como un conocimiento teórico, sino como una conducta personal coherente y una práctica comunitaria capaz de expresar la credibilidad de su fe.

El cristiano que hoy retoma la Carta a los Colosenses queda impresionado por la insistencia del Apóstol en el misterio de Cristo. En cierto modo, parece que Pablo ha querido encerrar en esta breve carta una verdadera síntesis de su cristología. En ella es fácil descubrir la presencia de temas muy queridos para el apóstol, como el misterio omnicomprendido de Cristo, su concepción de la Iglesia, los principios de la moral, la redención y la escatología... todo centrado en Cristo. El Hijo de Dios contiene en sí mismo tal unicidad que es el principio, el fin y la síntesis de todo el actuar del Padre. El tema del perdón también pertenece a esta visión y adquiere una relevancia particular porque se retoma varias veces en el cuerpo de la misma carta y con referencias decisivas a la revelación como el gran capítulo sobre la reconciliación.

La oración de acción de gracias con la que comienza la carta muestra claramente cómo debe ser el actuar de los cristianos. El Apóstol lo describe de forma plástica como "andar de forma digna" (v. 10) si se quiere ser fiel al texto original, mientras que la Biblia de la Conferencia Episcopal Italiana prefiere traducirlo como "comportarse". Este "caminar" del creyente debe estar marcado por cuatro condiciones: "dando fruto a través de toda obra buena", "creciendo en el conocimiento de Dios", permaneciendo "perseverantes", y "agradeciendo alegremente al Padre". No es un programa sencillo el que se propone; sin embargo, Pablo no teme presentarlo a los primeros creyentes para que aprendan a ser coherentes y creíbles al testimoniar la fe. La llamada a la alegría destaca inmediatamente. No se puede olvidar que, mientras el Apóstol escribía esta carta, estaba en la cárcel, probablemente en Roma; sin embargo, está convencido de que la fuerza del cristiano consiste precisamente en expresar la alegría. La verdad sobre la propia vida y la bondad con las que debemos dar testimonio encuentran su razón de ser en la alegría de la gratitud hacia Dios. Paradójico, pero decisivo: la vida de cada discípulo del Señor no sólo está destinada a fructificar sobre todo con el conocimiento progresivo y creciente de Dios, sino de manera especial con la perseverancia en los momentos de dificultad que se transforman siempre en la alegría de la acción de gracias a Dios como consecuencia de la salvación ofrecida por Cristo.

Las palabras del Apóstol no son ajenas a la vida cotidiana. La fe no es una teoría, sino el fruto de un encuentro personal con el Señor que marca y determina toda la vida porque da sentido a los acontecimientos que se experimentan. También debemos pensar con realismo en estas exigencias de Pablo. Como se sabe, los colosenses, aproximadamente entre los años 60-62, sufrieron un gran terremoto que destruyó por completo la ciudad. Pablo escribió su carta probablemente alrededor del año 60. Por supuesto, no se menciona el terremoto en la carta, ni podemos precisar las fechas exactas, sin embargo, es poco probable que aquellos cristianos no recordaran lo escrito por Pablo, que en cualquier caso llamaba a la alegría y a la acción de gracias mientras vivían el drama de la destrucción.

Todo esto lleva a la fuerte y abrumadora llamada a la liberación del "poder de las tinieblas" y al "perdón de los pecados". La experiencia de la reconciliación debería ayudar a vivir estos dos momentos con una intensidad existencial que permita percibir la inmensidad del don que se recibe. El cristiano es un "hijo de la luz" porque Jesús dio su vida para destruir el "poder de Satanás" con su muerte en la cruz y liberar así a los hombres del dominio del pecado y de la muerte. El signo más tangible de esta liberación, que se hace evidente en la historia de cada persona, es el acto de amor con el que Dios reconcilia consigo a cada pecador ofreciéndole su perdón. Ésta, dice el Apóstol, es la herencia que hemos recibido porque participamos de su misma vida que nos hace santos: "Antes, a causa de sus pensamientos y sus malas obras, ustedes eran extraños y enemigos de Dios. Pero ahora, él los ha reconciliado en el cuerpo carnal de su Hijo, entregándolo a la muerte, a fin de que ustedes pudieran presentarse delante de él como una ofrenda santa, inmaculada e irreprochable" (1,21-22).

El perdón conlleva una serie de preguntas que forman parte de la vida cotidiana y que encuentran su síntesis en la que probablemente sea la pregunta más inmediata en la actualidad: ¿por qué debo perdonar? A menudo nos encontramos en la posición de exigir el perdón para nosotros, pero nos volvemos hostiles cuando se nos pide que lo demos. "Perdon" lleva en su misma semántica la realidad. Es un don que se da y no se puede exigir. Es un "don-para"; algo que se da porque es capaz de contagiar para que también se ofrezca. La muerte del inocente en la cruz, que ofrece su perdón a todos, no puede hacerse vana encerrándonos en el egoísmo del rencor y la venganza. No es fácil perdonar si antes no se ha tenido la experiencia de haber sido perdonados. Hoy en día, quien perdona parece haberse convertido en un héroe, tan inusual se ha vuelto realizar este acto. Se prefiere optar por la ira que anticipa la muerte en lugar de ofrecer el perdón que prolonga la vida. La fuente de la liberación se confunde con la caída en la esclavitud. Es una situación dramática la que se vive en estas décadas donde el perdón parece haberse convertido en un extraño en la vida familiar y en la sociedad.

¿Quién debe ser el primero ante el perdón? ¿El que es perjudicado y lo concede, o el que ha hecho el mal y lo pide? Estas preguntas hacen referencia a la humanidad que está dentro de nosotros y que todavía necesita ser liberada para pasar de las tinieblas a la luz. El Hijo de Dios no esperó a que el pecador le pidiera perdón, sino que lo ofreció él mismo como signo conclusivo de su amor. El perdón no está desligado del amor, sino que es uno de sus rasgos

distintivos. Donde no hay perdón, ni siquiera se puede afirmar que existe amor verdadero. En cambio, donde hay amor verdadero, también debe existir la disponibilidad a perdonar. Esto no es un acto automático, sino que requiere la fuerza que viene de lo alto. A veces, puede llevar tiempo, y por eso la llamada a la paciencia que hace el Apóstol en su carta puede ser de ayuda y apoyo. Y, en todo caso, la espera paciente para recibir y dar el perdón exige a su vez que vaya acompañada por la perseverancia en la enseñanza del Señor que pide perdonar no sólo "siete veces, sino setenta veces siete" (Mt 18,22). Por otra parte, el amor es don puro que se ofrece y sólo cuando se ama con ese tipo de amor se está dispuesto a amar primero para despertar el amor en la otra persona. Lo mismo ocurre con el perdón. Es un acto de valentía que se remonta a la fuerza del amor que vence toda resistencia. No es de cobardes perdonar, al contrario, es propio de los fuertes que conocen el verdadero valor de la vida y el poder del amor que genera serenidad y profunda paz. No es casualidad, además, que en el concepto mismo de perdón se apele a la necesidad de olvidar el mal recibido para iniciar una nueva relación interpersonal. Perdón y olvido: un binomio difícil pero necesario.

El apóstol, en su Carta a los Colosenses, permite comprobar otra connotación del perdón: su alcance universal. La redención realizada por Cristo no se limita al perdón con respecto al hombre, sino que se extiende a un acto de salvación que abarca también a toda la creación. Él, en efecto, deberá recibirla de nuevo para entregarla al final de los tiempos en las manos del Padre y así reconciliar definitivamente a todos y a todo. Esta connotación tampoco está exenta de sutilezas. A menudo se piensa que el perdón está destinado sólo a las personas. No es así. Hay conductas que van en contra de la creación y que requieren un cambio propio de quien pide perdón. Esto comporta la exigencia de cambiar de vida. No hay verdadero perdón, de hecho, si éste no lleva consigo la exigencia de cambiar las propias conductas. En la medida en que se recupere el sentido de pertenencia a la creación y no de dominio sobre ella, surgirá también la conciencia del respeto y de la responsabilidad. Tal vez, en esta etapa de la historia, el perdón deba conjugarse precisamente con el respeto, que advierte sobre la presencia de alguien o de algo cercano, y con la responsabilidad, que pide una respuesta verdadera y coherente asumida en primera persona.

† Rino Fisichella

1.2. Testimonio de conversión

La conversión es un momento especial en la vida de todo hombre. Hay quienes se convierten gradualmente, a pequeños pasos, descubriendo cada día, cada semana algo nuevo de la propia fe, de la propia debilidad, de los propios talentos. Poco a poco, con el paso del tiempo, ese hombre reconoce sus propias decisiones erróneas, se corrige a sí mismo paulatinamente, profundiza en la propia fe y crece espiritualmente.

Por otro lado, hay quienes experimentan una conversión fulminante, una experiencia radical que provoca un cambio drástico de vida. A la revelación instantánea de Dios, que abre los ojos de la fe al mundo espiritual, le acompaña siempre el descubrimiento de la propia miseria y, al mismo tiempo, del amor incondicional de Dios que lo perdona todo al pecador arrepentido.

Esperamos que el testimonio de conversión personal que se relata a continuación facilite la reflexión sobre el propio estado de fe y la presencia de Dios en la propia vida.

A finales de septiembre de 1946, en una familia de la burguesía milanesa, nace un niño: Leonardo. Desgraciadamente, los malentendidos crecieron entre sus padres y, cuando el pequeño tenía sólo dos años, Laura Mondadori y Giorgio Forneron se divorciaron. Leonardo permanece con su madre, mientras que su padre ya no busca ningún contacto con el hijo. Laura regresa con Leonardo a la casa de sus padres en Piazza Duse en Milán, donde en 1951 Leonardo es reconocido legalmente por su famoso abuelo, Arnaldo Mondadori, que le da su apellido al nieto y lo integra en su importante negocio editorial.

El muchacho crece en un entorno culturalmente elevado. Gracias a los amplios conocimientos de su abuelo Arnaldo, personas como Thomas Mann y Giuseppe Ungaretti visitaron la casa familiar. Como hijo de su tiempo, para el joven Mondadori, la religión es más bien un concepto abstracto y anticuado de la vida al que no hay que dar demasiadas vueltas. Leonardo, constantemente rodeado de los más famosos representantes de la literatura y la filosofía, se dedicó a los estudios humanísticos. Primero en el famoso liceo clásico Giovanni Berchet de Milán, y luego se matriculó en filosofía en la Universidad Estatal de Milán. Don Luigi Giussani estuvo presente en el liceo y enseñó religión allí desde 1954 hasta 1964. Durante estos años fundó la primera comunidad de *Gioventù Studentesca*, que más tarde daría lugar al movimiento "Comunión y Liberación". Sin embargo, Leonardo no se da cuenta de la presencia de un grupo de sus compañeros de liceo en busca de un profundo sentido religioso.

Cuando cumplió dieciocho años, durante unas vacaciones en *Cortina d'Ampezzo*, el joven estudiante conoció a Paola Zanussi. Se enamoraron y cuatro años después, en 1968, se casaron. En 1970, Leonardo se graduó en filosofía. Nace su hija Martina, pero Paola y Leonardo ya no viven juntos. Tras siete años, su matrimonio fracasó y se divorciaron.

Tiempo después, Leonardo conoció a otra chica, Katherine Price, se casó con ella y nacieron dos hijos: Francesco y Filippo. Desgraciadamente, el segundo matrimonio también terminó en divorcio a principios de los años 90's. Ese es propiamente el momento en el que Dios toca su vida con su gracia.

"Recuerdo un desayuno en el *Savini* con Pippo Corigliano, el director de relaciones públicas del Opus Dei. Era el año 1992 y en aquella época no tenía ningún interés por la religión y mucho menos por la Iglesia. Pero sentía que mi vida estaba, ¿cómo decirlo?, llena de errores. Ya había pasado por dos divorcios y tenía tres hijos con dos mujeres diferentes. Corigliano me impresionó mucho. Decidí reunirme con él de nuevo. Empecé a pedirle consejo. Fue muy discreto. Me dijo: si estás abierto a estas cosas, me gustaría que te reunieras con un sacerdote".

Fueron precisamente las conversaciones sinceras con el sacerdote, Don Umberto de Martino, las que fueron abriendo el corazón de Leonardo.

"Un sacerdote excepcional. Tenía un gran respeto por mí. Empecé a confiar en él, a seguir sus sugerencias. Y, lentamente, siguiendo lo que me decía, me di cuenta de que estaba encontrando las respuestas que buscaba. Me entusiasmé mucho, quería cambiar toda mi vida de repente. Y él, el sacerdote, con gran realismo, me contuvo: no tengas prisa, dijo, Dios no te pide lo imposible, procede con calma. Nunca he dejado a ese sacerdote, que sigue siendo mi director espiritual".

Así, el Dr. Mondadori descubrió no sólo la dirección espiritual, sino también el sacramento de la Confesión y la Comunión.

"Sería más correcto decir el 'descubrimiento' de la confesión. Sí, fue una alegría inmensa. Recordé cosas que había olvidado. Y entonces me sentí en paz con Dios. Feliz. Como en mi verdadera 'primera comunión', en Nueva York, en la Nochebuena de 1993".

El cambio en el alma de Leonardo es perceptible para todos. "Vivo una vida cristiana vibrante y es esta visión de la fe la que, a pesar de todo, hace que mi existencia sea radiante".

Un día, al reencontrar a su primera esposa, ésta le preguntó: "¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho una cirugía plástica en la cara?", él respondió: "No, me he hecho una cirugía plástica en el alma".

Leonardo Mondadori no se guarda esta experiencia de fe sólo para sí mismo, sino que intenta inteligentemente transmitir la gracia que ha recibido.

"Entre las cosas que hago con agrado, de hecho, que más me gustan, es dar un pequeño testimonio en ciertos salones o en ciertos círculos profesionales que parecen antitéticos a

mis perspectivas actuales. Hay un laicismo desinformado – lo encuentro todo el tiempo – que da al cristianismo una imagen caricaturesca.

Los miembros de su familia también escuchan su testimonio de fe.

"Hablamos mucho entre nosotros, nada cae de lo alto... cuando tenía su edad, nadie en mi familia era capaz de darme las herramientas para afrontar una vida que fuera verdaderamente humana, la que descubrí tarde, después de haber terminado en tantos callejones sin salida".

Un par de años después de su conversión, en 1998, se le diagnosticó un tumor de tiroides y luego otro en el páncreas y el hígado. Mientras que el tumor de tiroides fue extirpado con éxito, el tumor de páncreas resultó ser cada vez más invasivo y resistente al tratamiento. Cuando se le pregunta si teme a la muerte, Leonardo responde:

"Tengo miedo a la muerte 'física', es decir, me da miedo pensar en el momento en que voy a morir. Pero me digo: ¿por qué se dejó crucificar Jesús? O el cristianismo es un engaño, o en la crucifixión está nuestra salvación". Y luego añade: "He tenido la prueba de que Jesús existe. Y si está ahí ahora, también lo estará después de nuestra muerte. No sé cómo será este 'después'. Pero estoy seguro de que para aquellos que están en paz con Dios, será muy hermoso".

13 de diciembre de 2002 Leonardo Mondadori partió al encuentro de Jesús, a quien confió su vida.

1.3. ¿Cómo prepararse a la Confesión? Reflexión sobre el examen de conciencia

Hacer todas las noches el «examen de conciencia» como una oración, para identificar si lo que nos ha movido en la jornada ha sido «el Espíritu de Dios o el espíritu del mundo», es un ejercicio decisivo en nuestro «combate espiritual» que nos lleva a «entender el corazón» y «el sentido de Cristo». Es la sugerencia que el Papa Francisco propuso en la misa celebrada el martes 4 de septiembre en Santa Marta, recordando que «el corazón del hombre es como un campo de batalla» donde se enfrentan continuamente «el espíritu de Dios, que nos lleva a las buenas obras, a la caridad, a la fraternidad», y «el espíritu del mundo que» sin embargo «nos lleva hacia la vanidad, el orgullo, la suficiencia, el chismorreo».

«En la primera lectura —hizo notar enseguida, refiriéndose al pasaje de la primera carta a los Corintios (2, 10-16)— el apóstol Pablo enseña a los corintos el camino para tener el pensamiento de Cristo, el sentimiento de Cristo, para tener esa actitud que era la de Cristo». Y «el camino es el de dejar hacer en nosotros el Espíritu Santo recibido». San Pablo de hecho escribe que «vosotros todos, nosotros todos hemos recibido el Espíritu de Dios». «Es el Espíritu Santo que te lleva adelante en la vida —explicó Francisco— y te lleva a ese fin de conocer a Jesús, de tener los mismos sentimientos que Jesús». En realidad, afirmó, «nosotros podemos estudiar mucho, estudiar la Biblia, estudiar historia, estudiar teología, pero ese no es el camino para llegar a los sentimientos de Jesús: ayuda, ayuda mucho, pero el camino verdadero es dejarse llevar adelante por el Espíritu, el Espíritu Santo». Y «es precisamente el Espíritu Santo —añadió el Pontífice— que nos lleva adelante al corazón de Jesús, a entender quién es Jesús, como actúa Jesús, qué quiere Jesús, cuál es la voluntad de Jesús. A entender el corazón de Jesús».

La cuestión es «¿cómo podemos ir?». San Pablo afirma que «el hombre dejado a sus fuerzas no comprende las cosas del Espíritu». Por tanto, explicó Francisco, «necesitamos al Espíritu Santo para este camino, este camino cristiano». También en la Carta a los Corintios, el apóstol explica que «nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios».

En efecto, reiteró el Papa, «hay dos espíritus, dos modalidades de pensar, de sentir, de actuar: la que me lleva al Espíritu de Dios y la que me lleva al espíritu del mundo». Y «esto sucede en nuestra vida: todos nosotros tenemos estos dos “espíritus”, digamos así». Está «el Espíritu de Dios, que nos lleva a las obras buenas, a la caridad, a la fraternidad, a adorar a Dios, a conocer a Jesús, a hacer tantas buenas obras de caridad, a rezar». Pero está también «el otro espíritu del mundo, que nos lleva hacia la vanidad, el orgullo, la suficiencia, el chismorreo: otro camino».

«Nuestro corazón, decía un santo, es como un “campo de batalla, un campo de guerra donde estos dos espíritus luchan” y llamaba a esto el “combate espiritual”» recordó el Pontífice. «En la vida cristiana se debe combatir para dejar espacio al espíritu de Dios y expulsar —como Jesús expulsó este demonio— al espíritu del mundo» explicó, refiriéndose al pasaje evangélico de Lucas (4, 31-37) propuesto en la liturgia del día.

Al respecto Francisco sugirió «una oración bonita que nosotros podemos hacer todos los días, antes de ir a dormir, mirar un poco la jornada» y preguntarse: «¿Pero qué espíritu he seguido yo hoy? ¿El espíritu de Dios o el espíritu del mundo?». Y el Papa hizo notar que «esto se llama hacer examen de conciencia: sentir en el corazón qué ha sucedido en esta guerra interior, y cómo yo me he defendido del espíritu del mundo que me lleva a la vanidad, a las cosas mezquinas, a los vicios, a la soberbia, a todo esto». Por tanto, «¿cómo me he defendido de las tentaciones concretas?». Se deben «identificar las tentaciones». Y «esto se hace como oración, antes de ir a la cama, hoy: qué sentimientos he tenido. Identificar cuál es el espíritu que me ha empujado a ese sentimiento, me ha inspirado ese sentimiento: ¿es el espíritu del mundo o el espíritu de Dios?». Haciendo el examen de conciencia con esta oración nocturna, afirmó el Pontífice «muchas veces, si somos honestos, encontraremos que “hoy he sido envidioso, he tenido codicia, he hecho esto”». Y «este es el espíritu del mundo». Pero, insistió Francisco, es oportuno «identificar» estos sentimientos, «porque esto es verdad: todos nosotros tenemos dentro esta lucha, pero si nosotros no entendemos cómo funcionan estos dos espíritus, como actúan, no conseguimos ir adelante con el espíritu de Dios que nos lleva a conocer el pensamiento de Cristo, el sentido de Cristo».

En realidad, hizo notar el Papa, «es muy sencillo: tenemos este gran don, que es el espíritu de Dios, pero somos frágiles, somos pecadores y tenemos también la tentación del espíritu del mundo». Y «en este combate espiritual, en esta guerra del espíritu, hay que ser vencedores como Jesús, pero es necesario saber qué camino se recorre». Precisamente «por esto es muy útil el examen de conciencia, por la noche ver de nuevo la jornada y decir: “sí, hoy he sido tentado aquí, he ganado aquí, el Espíritu Santo me ha dado esta inspiración”». En resumen, se trata de «conocer qué sucede en el corazón».

Y, advirtió el Pontífice, «si nosotros no hacemos esto, si nosotros no sabemos qué sucede en nuestro corazón —y esto no lo digo yo, lo dice la Biblia— somos como los “animales que no entienden nada”, van adelante con el instinto». Pero «nosotros no somos animales, somos hijos de Dios, bautizados con el don del Espíritu Santo». Y «por esto —concluyó Francisco— es importante entender qué ha sucedido hoy en mi corazón. El Señor nos enseña a hacer siempre, todos los días, el examen de conciencia».

Papa Francisco, 4 de septiembre de 2018, Santa Marta.

1.4. ¿Cómo confesarse? Celebración individual del Sacramento de la Reconciliación

En el momento en que te presentas como penitente, el sacerdote te acoge cordialmente, ofreciéndote palabras de aliento. Él hace presente al Señor misericordioso.

Junto con el sacerdote has la señal de la cruz diciendo:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote te ayuda a disponerte a confiar en Dios, con estas o similares palabras:

Acércate confiadamente a Dios Padre: Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

El sacerdote, según convenga, lee o recita de memoria algún texto de la Sagrada Escritura en el que se hable de la misericordia de Dios e invite al hombre a la conversión.

Ez 11, 19-20

Les daré un corazón nuevo y pondré en su interior un espíritu nuevo. Quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Así caminarán según mis mandamientos, observarán mis leyes y las pondrán en práctica; entonces serán mi pueblo y yo seré su Dios.

En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda haciéndote las preguntas oportunas y dándote los consejos adecuados.

El sacerdote invita al penitente a mostrar su arrepentimiento recitando el acto de contrición o alguna otra fórmula similar, por ejemplo:

Padre, he pecado contra ti, ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Ten compasión de mí, pecador. (Lc 15, 18; 18,13)

El sacerdote, extendiendo sus manos (o al menos su mano derecha) sobre la cabeza del penitente, dice:

Dios, Padre de misericordia, que ha reconciliado al mundo consigo mismo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, a través del ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo † y del Espíritu Santo.

Responde: Amén.

*Después de la absolución el sacerdote continúa: **Alabemos al Señor porque es bueno.***

*Responde: **Porque es eterna su misericordia.***

*Entonces el sacerdote te despide diciendo: **El Señor te ha perdonado. Vete en paz.***

Oración del Penitente

Lávame, Señor, de todas mis culpas y límpiame de mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. (Sal 50, 4-5)

O bien:

Oh, Jesús, que ardes de amor, ¡que nunca te ofenda! Oh, mi querido y buen Jesús, con tu santa gracia no quiero ofenderte más, ni volver a disgustarte, pues te amo sobre todas las cosas. ¡Mi Jesús misericordioso, perdóname!

1.5. ¿Qué hacer después de la confesión? Buscar la santidad

Contemplar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, es un motivo adicional para sentirse impulsados a buscar la ciudad futura (cf. Hb 13, 14 y 11, 10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo, es decir, a la santidad, según el estado y condición de cada uno.

Lumen Gentium, 50

Dierva de Dios, Sor Thea Bowman

En *Yazoo City*, el 29 de diciembre de 1937, nació una niña: Bertha Bowman. Su familia pertenece a la comunidad metodista y profesa con alegría su fe. Su padre, Theon Bowman, es médico y su madre, Mary Esther Bowman, profesora. Todos ellos viven en *Canton*, Mississippi, un estado marcado por una larga batalla por los derechos civiles, que también tendrá un profundo efecto en la vida de Bertha. Dos generaciones antes de su nacimiento, su abuelo era un esclavo afroamericano.

De pequeña, Bertha pasaba mucho tiempo con sus mayores, aprendiendo de su sabiduría. Es muy curiosa y hace que le cuenten las costumbres y hábitos de su pueblo, y aprende las canciones y la cultura afroamericana. Los adultos pronto se dan cuenta de que la niña es muy inteligente y aprende con facilidad. La pequeña Bertha fue inscrita en la Escuela *Holy Child Jesus* de *Cantón*, donde conoció a las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua. La bondad y la profesionalidad de las hermanas impresionaron a la joven alumna. Se sintió muy atraída por su ejemplo de vida, especialmente por su servicio a los niños pobres y a los necesitados. A pesar de su corta edad – sólo tiene 8 años – Bertha pide permiso a sus padres para hacerse católica. Su padre y su madre, conociendo la extraordinaria madurez de pensamiento de su hija, no se opusieron. Así, a los 9 años, Bertha ingresa en la Iglesia católica.

En 1952, cuando sólo tenía 15 años, les dijo a sus amigos y a sus padres que quería trasladarse a *La Crosse*, Wisconsin, para ingresar como novicia en la Orden de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua. Incluso para esta decisión encontró la comprensión y el apoyo de sus seres queridos. Cuando llegó al monasterio en 1953, era la única chica de color en toda la orden. Las hermanas se dieron cuenta inmediatamente de la extraordinaria inteligencia de Bertha, su carisma y su deseo de ayudar a las personas. Su facilidad para hablar y dialogar la convierte en una excelente oradora, hasta el punto de que las hermanas deciden desde el principio que Bertha debe estudiar para ser maestra.

En su profesión religiosa tomó el nombre de María Thea y así fue conocida durante toda su vida. En 1969 obtuvo la licenciatura y en 1972 completó su doctorado. Enseñó a alumnos de todas las edades, primero en *La Crosse* y luego en *Conton*. Carismática y alegre, no se

limita a transmitir sólo conceptos científicos, sino que educa y evangeliza, convirtiéndose así en un fuerte referente para generaciones de estudiantes.

El Concilio Vaticano II, a finales de los años 60's, marcó profundamente su trayectoria. Sor Mary Thea Bowman se dedica a estudiar la cultura afroamericana y la liturgia de la Iglesia. Empieza a dar clases en la Universidad Católica de América. Sin embargo, su visión de la sociedad multicultural dista de las posiciones vigentes. Uno de los alumnos señala: "Ella sabía que no todos estamos en un caldero o crisol indistinto de culturas (ing. *melting pot*). No estaba muy interesada en esa metáfora. Le gustaba mucho más afirmar que todos nosotros somos como una ensalada. Cuando formas parte de una ensalada, no pierdes tus características, sigues siendo un ser individual. Para ella, la cuestión era amar al prójimo. Y eso es lo que hizo".

Viaja por todo Estados Unidos rompiendo los prejuicios raciales con sus discursos y compromisos. Crea un entorno que facilita la comunicación interpersonal para comprender las diferencias entre las distintas culturas y etnias. Fomenta los intercambios culturales entre católicos blancos y no blancos, especialmente en el sur de Estados Unidos, donde las Iglesias locales están especialmente heridas por el segregacionismo.

En 1978, con la aprobación de sus superiores, regresa a Mississippi para cuidar de sus ancianos padres. Sor Thea goza ahora de una buena reputación como estudiosa, pero sobre todo como religiosa creyente que sabe hablar y poner en práctica el Evangelio incluso en situaciones muy difíciles. El Obispo de Jacksonville, al conocer su llegada, le ofreció el cargo de Consultora de Asuntos Interculturales en su Diócesis. Sor Mary Thea acepta y se compromete a promover con sabiduría la unidad que proviene del Evangelio y se realiza en la Iglesia caracterizada por la diversidad cultural y multiétnica. Sus compañeros de trabajo comentan que "Ella sabe cómo convertir a los espectadores en activistas, hace que la gente sea más consciente de sus dones y su potencial, sabe poner en contacto a diferentes razas entre sí. Su ministerio es el de la alegría".

En 1984, uno a uno, sus padres murieron y a ella se le diagnosticó un cáncer de mama. Bromea diciendo a sus alumnos: "Viviré hasta que me muera". Continúa incansable y con una sonrisa manteniendo el alto ritmo de sus actividades, incluso cuando el cáncer invadió sus huesos y la obligó a estar en una silla de ruedas. En 1987, Sor Bowman publica una colección de himnos y cantos católicos: "*Lead Me, Guide Me: The African American Catholic Hymnal*". Es la primera obra de este tipo que emana de la comunidad afroamericana y, al mismo tiempo, el fruto de años de estudio, trabajo y escucha de las comunidades afroamericanas: "Cuando entendemos nuestra historia y cultura, entonces podemos desarrollar el rito, la música y la expresión devocional que nos satisfacen en la Iglesia".

Su trabajo en el campo cultural, ritual y de piedad popular afroamericana es apreciado por la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos. Los obispos la invitaron en junio de 1989 a la reunión anual de la Conferencia. Sor Thea Bowman habla a los obispos sobre la Iglesia como una Casa: la Familia de las familias. Un discurso bastante espontáneo que los

propios obispos percibirían y describirían más tarde como un corazón que habla a otros corazones. Sor Bowman presenta la espiritualidad afroamericana, su lugar en la Iglesia y el aporte que puede hacer. Les recuerda la necesidad no sólo de educación e instrucción, sino sobre todo de evangelización de los niños de color y la urgencia de incluirlos en las comunidades católicas. " Su trabajo es capacitarme, capacitar al pueblo de Dios, a los negros, a los blancos, a los morenos, a todo el pueblo, para hacer el trabajo de la Iglesia en el mundo moderno".

Sor Thea Bowman fallece el 30 de marzo de 1990. En 2018 la Diócesis de Jackson abre su causa de beatificación.

II PARTE: LA VIGILIA

“Toda la vida interior necesita de silencio e de intimidad con Cristo para crecer”.

San Juan Pablo II, *Carta al Obispo de Liège,*
“Corpus Domini”, 1996

2.1 Introducción celebrativa

La Vigilia que se celebra durante la iniciativa "24 horas para el Señor" tiene un papel fundamental, ya que caracteriza todo el evento, por lo que es deseable que se celebre con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras uno o varios sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras de la Carta a los Colosenses: "Por medio de Él tenemos el perdón" (cf. 1,13-14), subrayando la fuente del perdón que se encuentra en Jesucristo. El apóstol Pablo exhorta a los colosenses a dar gracias con alegría al Padre, que les ha permitido participar en la suerte de los santos. De este modo, el Apóstol resalta la acción de Dios encaminada a salvar al hombre y hacerlo partícipe de la vida eterna. Todo esto es posible gracias a su Hijo, que fue enviado para redimir al hombre perdido. El texto se presta a diversas interpretaciones espirituales. Nos centraremos en dos aspectos: el primero hace hincapié en la mediación del perdón a través del Hijo de Dios (*por medio de Él*). El hombre, por tanto, no se salva por sí mismo, sino por el amor misericordioso de Dios que lo perdona por medio del Hijo muerto y resucitado. El segundo aspecto muestra el perdón de Dios como una realidad que el hombre posee: es un don recibido gratuitamente, porque ha sido pagado con la Sangre de Jesucristo.

La actividad "24 horas para el Señor" está estrechamente relacionada con el tiempo litúrgico de la Cuaresma y, en particular, con el cuarto domingo de Cuaresma, antiguamente conocido como "*Laetare*". La alegría que se celebra en este domingo nace de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas dominicales (Jos 5,9. 10-12; Sal 33; 2 Cor 5,17-21; Lc 15,1-3. 11-32) presentan, entre otras cosas, cómo el hombre se convierte en una nueva criatura por la gracia recibida de Dios. El hombre viejo es transformado por la gracia de Dios, recibida mediante la muerte y resurrección de Jesucristo, que salva a los hombres de su pecado.

La iniciativa ha sido colocada en los días previos al cuarto domingo de Cuaresma, con el fin de dar a todos los fieles la oportunidad de liberar su vida de los pecados y prepararse así para la Pascua que se avecina.

Al llevar a cabo la iniciativa *24 horas para el Señor*, es aconsejable hacer hincapié en los contenidos anteriormente indicados. No obstante, el desarrollo mismo y la elección de los temas y pasajes bíblicos se deja siempre a la discreción de los pastores y organizadores del evento que, en diversas partes del mundo, conocen mejor las necesidades de los fieles confiados a su cuidado pastoral, especialmente en este período de la pandemia.

La práctica de años anteriores muestra que la iniciativa suele tener lugar de tres maneras:

1. En las pequeñas comunidades como hospitales o parroquias/rectorías con un número relativamente pequeño de fieles.

En este caso, toda la iniciativa suele tener lugar el viernes por la noche. Se podría comenzar el acto con la Liturgia Penitencial, exponer después el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística silenciosa o animada por un grupo de oración (según las posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a todos a la reconciliación sacramental con Dios.

2. En las parroquias más concurridas (especialmente en las zonas urbanas), en las prefecturas (y/o vicariatos/decanatos) o allí donde se decida organizar el evento en varias parroquias/comunidades.
Sería conveniente comenzar el viernes por la tarde con la Santa Misa o la Liturgia de la Palabra. A continuación, se expone el Santísimo Sacramento y comienza la Adoración Eucarística, animada por diferentes grupos parroquiales o por varias parroquias.
Los responsables determinan tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando turnos para las confesiones de los fieles.
3. En las iglesias catedrales, basílicas, santuarios, o en las parroquias y lugares de culto más significativos para la Iglesia local y cuidadosamente elegidos por el Ordinario o los responsables.
El evento debería organizarse de forma más solemne, destacando la universalidad de la Iglesia que lo celebra al mismo tiempo en todo el mundo. La iglesia también debería permanecer abierta por la noche, con una adoración eucarística animada por turnos por diversos grupos y comunidades de oración. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al principio y al final del evento, y que también estén disponibles para la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Debe garantizarse la presencia constante de uno o más sacerdotes dispuestos a escuchar confesiones.

Si es posible, un grupo de fieles especialmente formado y preparado podría invitar a las personas que pasen por la iglesia a entrar y participar en el evento (especialmente en las iglesias céntricas de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran afluencia de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación sobre el evento son a menudo una oportunidad para abrir una conversación mucho más seria, convirtiéndose en un verdadero momento de evangelización. No pocas veces, los fieles laicos, sobre todo los que reciben sistemáticamente formación en diversas comunidades y grupos de oración, pueden prestar un excelente servicio en la preparación a la confesión, dialogando con las personas que desde hace tiempo no asisten a la iglesia y podrían sentirse incómodas con la presencia directa e inmediata del sacerdote.

Para adaptar la propuesta de la Vigilia a las necesidades particulares de una comunidad concreta (parroquia, capilla de un hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.), se pueden elegir los cantos. Para profundizar en los temas recurrentes de los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la propia comunidad.

"24 horas para el Señor" en el periodo de la pandemia

Mientras se prepara este subsidio, la pandemia causada por el virus sars-cov-2 sigue presente en varias partes del mundo. Somos plenamente conscientes de que las restricciones sanitarias impuestas por las autoridades afectan fuertemente al desarrollo de toda la iniciativa, así como a la propia celebración individual del Sacramento del Perdón. En este apartado, por tanto, queremos proponer algunas ideas sobre cómo llevar a cabo la Vigilia y las correspondientes Confesiones.

1. En caso de prohibición total de las celebraciones litúrgicas. Allí donde, a causa de la pandemia, no se pueden celebrar los sacramentos, es necesario difundir entre los fieles el mensaje evangélico de la misericordia del Señor.

La presente iniciativa podría ser una oportunidad favorable para reconfortar a la comunidad cristiana.

El papel de los capellanes en los hospitales, las clínicas, las residencias de ancianos y muchos otros centros sanitarios públicos y privados es de crucial importancia para llevar el perdón y la paz a los más expuestos a la pandemia.

Hay que recordar a los fieles que la Iglesia nos da un modo especial de recibir la absolución de los pecados en los casos en que no es posible celebrar el Sacramento de la Reconciliación. El propio Papa lo ha explicado: "Sé que muchos de ustedes se confiesan en Semana Santa para reunirse con Dios. Pero muchos de ustedes me dirán hoy: "Pero padre, ¿dónde puedo encontrar un sacerdote, un confesor, porque no se puede salir de casa? Y quiero hacer las paces con el Señor, quiero que me abrace, quiero que mi Padre me abrace... ¿Cómo puedo hacerlo si no encuentro sacerdotes?". Haz lo que dice el Catecismo. Es muy claro: si no encuentras un sacerdote que te confiese, habla con Dios, tu Padre, y dile la verdad: 'Señor, hice esto, aquello, lo otro... Perdóname'. Y pídele perdón de todo corazón, con el Acto de contrición, y prométele: "Me confesaré más tarde, pero perdóname ahora". Y enseguida volverás a la gracia de Dios" (Papa Francisco, Homilía en Santa Marta, 20 de marzo de 2020).

En efecto, en el número 1452 del Catecismo de la Iglesia Católica se lee: " Cuando brota del amor de Dios amado sobre todas las cosas, la contrición se llama "contrición perfecta"(contrición de caridad). Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene también el perdón de los pecados mortales, si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto sea posible a la confesión sacramental".

En algunas regiones, a pesar de la prohibición de las celebraciones públicas, el sacerdote podría, por su cuenta, recorrer el territorio de su parroquia, bendiciendo

a la gente en sus casas a una distancia adecuada. Dicha bendición, realizada con el Santísimo Sacramento o las reliquias de los santos patronos, podía realizarse con el consentimiento previo del obispo local y de las autoridades civiles competentes.

Cuando sea posible, se pueden utilizar los medios de comunicación modernos para transmitir la Vigilia, preparando así a los fieles para la contrición perfecta, con vistas a la confesión sacramental, una vez que hayan cesado las exigencias de la salud.

La pandemia no puede convertirse en una excusa para cerrar la iglesia.

2. En caso de prohibición parcial de las celebraciones litúrgicas.

En la mayor parte del mundo, la pandemia permite que los fieles se reúnan y celebren los sacramentos, aunque con restricciones en el número de participantes y límites de tiempo.

De acuerdo con las decisiones tomadas por el obispo local y la normativa sanitaria vigente, los fieles podían ser invitados a acudir a la iglesia en diferentes horarios. Para facilitar la concentración de personas, manteniendo el distanciamiento adecuado en la iglesia, se podría invitar a varios grupos de fieles, divididos por zonas (un barrio, un pueblo, etc.) o por edades. Toda la iniciativa puede desarrollarse a lo largo de varios días, para permitir que las personas experimenten un momento tranquilo de adoración y tengan acceso al sacerdote disponible para confesarse.

También debe prepararse un lugar dedicado a escuchar las confesiones de acuerdo con la normativa sanitaria. En el pasado, los sacerdotes han recurrido a diversas soluciones al respecto, de las cuales queremos señalar dos: la primera es preparar un lugar (una habitación, la sacristía, etc.), donde en la intimidad, pero al mismo tiempo manteniendo la distancia indicada por las autoridades sanitarias competentes, un sacerdote pueda escuchar la confesión del penitente. La segunda solución es utilizar el confesionario, sellándolo con una película de plástico, plexiglás u otros materiales similares adecuados para este fin.

2.2. Celebración Penitencial

Mientras el presbítero y los ministros se dirigen al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto adecuado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos ustedes.

R: Y con tu espíritu.

C: Al principio de su Carta a los Colosenses, San Pablo da gracias a Dios por habernos dado a su propio Hijo "por medio del cual tenemos la redención, el perdón de los pecados". Hermanos y hermanas, esta noche también nosotros queremos dar gracias a Dios por la misericordia que nos ha mostrado. Él no nos condena; al contrario, en Cristo, su Hijo, nos abre la puerta del perdón y nos invita a cruzarla. Sólo depende de nosotros, si queremos dirigirnos a Él y pedirle misericordia por nuestras transgresiones. En nuestra oración de esta tarde, también queremos presentar al Señor a aquellos de nuestros hermanos y hermanas que no tienen el valor de venir a pedir perdón, o que no sienten la necesidad de hacerlo y se han alejado de la fe y de Dios mismo. Que ellos también encuentren el perdón y la paz.

Todos se recogen en silencio durante unos instantes. Luego el celebrante continúa:

C: Oremos.

Extiende sus manos y dice:

Oh Padre, que nos has liberado del pecado y nos has dado la dignidad de hijos adoptivos, mira con benevolencia a tu familia, para que todos los creyentes en Cristo reciban la verdadera libertad y la herencia eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Todos responden:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Col 1, 9-14

De la Carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses

Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por ustedes desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguen al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que vivan de una manera digna del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios; confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; agradeciendo con alegría al Padre que los ha hecho capaces de participar en la herencia de los santos en la luz. Él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados.

L: Palabra de Dios.

R: Te alabamos Señor.

Salmo Responsorial Sal 97(98)

R. El Señor nos ha mostrado su salvación.

El Señor ha dado a conocer su salvación,
ha revelado a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad:

tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor.

Aclamación al Evangelio Mt 4, 23

¡Honor y gloria a ti, Señor Jesús!

Jesús anunciaba la buena nueva del Reino y curaba al pueblo de toda clase de enfermedad.

¡Honor y gloria a ti, Señor Jesús!

Evangelio

C: El Señor esté con ustedes.

R: Y con tu espíritu.

C: Del Evangelio según San Marcos (7, 31-37)

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Cuando Jesús volvía de la región de Tiro, pasó por Sidón y fue hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. Entonces le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le impusiera las manos. Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: 'Efatá', que significa: 'Abrete'. Y enseguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente. Jesús les mandó insistentemente que no dijeran nada a nadie, pero cuanto más insistía, ellos más lo proclamaban y, en el colmo de la admiración, decían: 'Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos'.

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Después de una breve pausa de reflexión, el celebrante dice:

C: En esta tarde, el Señor Jesús nos llama a la conversión. Reconozcámonos pecadores e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

C: Digamos: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.

C: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R: Amén.

ORACIÓN DEL SEÑOR

Todos se ponen de pie.

C: Iluminados por la *Palabra del Señor*, que nos invita a purificar nuestros corazones y a enderezar nuestros pasos, dirijamos a Él nuestra plegaria unánime:

R: Padre nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

SIGNO DE LA PAZ

Si las normas sanitarias lo permiten, el Celebrante dice:

C: Queridos hermanos y hermanas, seguros del perdón que nos ofrece a cada uno por medio de Jesucristo, intercambiamos un saludo de paz.

Todos intercambian un signo de paz.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Se procede con la exposición del Santísimo Sacramento "como de costumbre" y con la Adoración Eucarística animada que durará hasta el final de la iniciativa "24 horas para el Señor".

A continuación, sigue el tiempo para la confesión y la absolución individual.

Al final de la Vigilia, se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, sobre todo donde se celebraba solemnemente la iniciativa "24 horas para el Señor", si se concluye el sábado por la noche, podría celebrarse la Santa Misa del IV Domingo de Cuaresma o las Primeras Vísperas.

2.3. Esquema para la Adoración Eucarística

El presente texto es una propuesta que deberá concretarse e inculturarse posteriormente, según las tradiciones locales.

Durante el desarrollo de la Vigilia, de acuerdo con las decisiones tomadas por el Obispo local, deben aplicarse todas las normas epidemiológicas y sanitarias vigentes. Teniendo en cuenta la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades de organización y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística podría realizarse por turnos, con un cambio de tema después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia, no deben faltar los momentos de oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

ELECCIÓN DEL TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el grupo musical entona un canto. Sigue la lectura del siguiente pasaje bíblico:

Escuchen las Palabras del Señor extraídas del Evangelio de Mateo

En aquel tiempo, Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: “Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”. Jesús le contestó: “No solo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”.

Entonces Jesús les dijo: “El Reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus servidores. El primero que le presentaron le debía muchos millones. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer, a sus hijos y todas sus posesiones, para saldar la deuda. El servidor, arrojándose a sus pies, le suplicaba, diciendo: ‘Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo’. El rey tuvo lástima de aquel servidor, lo soltó y hasta le perdonó la deuda. Pero, apenas había salido aquel servidor, se encontró con uno de sus compañeros, que le debía poco dinero. Entonces lo agarró por el cuello y casi lo estrangulaba, mientras le decía: ‘Págame lo que me debes’. El compañero se le arrodilló y le rogaba: ‘Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo’. Pero el otro no quiso escucharlo, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que le pagara la deuda. Al ver lo ocurrido, sus compañeros se llenaron de indignación y fueron a contar al rey lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: ‘Siervo malvado. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?’. Y el señor, encolerizado, lo entregó a los verdugos para que no lo soltaran hasta que pagara lo que debía. Pues lo mismo hará mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

Se permanece en silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación, se propone un testimonio de conversión. Este testimonio podría ser dado por una persona ansiosa de compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón. Alternativamente, se podría leer el testimonio de conversión de Leonardo Mondadori, que se puede encontrar en el presente subsidio. Si no es posible presentar el testimonio, se puede proponer un texto meditativo, como, por ejemplo:

Discurso 83 de San Agustín

Esta parábola la propuso el Señor para instruirnos a nosotros y con esta amonestación quiso que nos salváramos. Así —dice— hará también con ustedes su Padre celestial si cada uno de ustedes no perdona de corazón a su hermano. Veán, hermanos, que la cosa está clara; la reprensión es útil y se le debe una obediencia que es muy ventajosa para la salvación, de modo que se ponga en práctica lo que se nos manda. Porque todo hombre no sólo es deudor ante Dios, sino que también lo es ante su hermano. En efecto, ¿quién no es deudor ante Dios sino Aquel en quien no se encuentra ningún pecado? ¿Quién, además, no tiene como deudor a su hermano, sino aquel con quien no ha cometido ninguna falta? ¿Puede encontrarse a alguien entre el género humano que no haya sido culpable de alguna mala acción hacia su hermano? Por tanto, todo hombre es deudor, pero también tiene un deudor. Por eso, el Dios justo ha establecido una norma para ti con respecto a tu deudor, actúa del mismo modo que él tratará al suyo. Porque hay dos obras de misericordia que nos liberan, y que el mismo Señor expone brevemente en el Evangelio: Perdona [las deudas] a los demás, y también te serán perdonadas; da, y también se te dará. Perdona [las deudas] y también te serán perdonadas, se refiere a perdonar. Den, y se les dará también, se refiere a hacer la caridad. En cuanto al precepto de perdonar, tú también quieres que se te perdonen los pecados que cometes y tienes otro al que puedes perdonar. Por otro lado, en lo que respecta a hacer la caridad, un mendigo te pide limosna, pero tú también eres un mendigo de Dios. De hecho, cuando rezamos, todos somos mendigos de Dios; estamos a las puertas del gran padre de familia, o más bien nos postramos con la cara en el suelo, gemimos suplicando, anhelando recibir algo; y este algo es Dios mismo. ¿Qué te pide un mendigo? El pan. ¿Y qué le pides a Dios sino a Cristo que dice: Yo soy el pan vivo, bajado del cielo? ¿Quieren ser perdonados? Perdonen. Perdonen y serán perdonados. ¿Desean recibir? Den y se les dará.

Después del testimonio/meditación se realiza un canto y se permanece en oración silenciosa.

A continuación, se puede proceder con una oración de intercesión, pronunciada por toda la asamblea

ORACIÓN A LA VIRGEN

A ti, María, fuente de la vida, se acerca mi alma sedienta.
A ti, tesoro de misericordia, acude con confianza mi miseria.
¡Cuán cercana, más aún, cuán íntima estás al Señor!
Él vive en ti y tú en él.
En tu luz, puedo contemplar la luz de Jesús, sol de justicia.
Santa Madre de Dios, confío en tu tierno y purísimo afecto.
Sé para mí mediadora de gracia ante Jesús, nuestro Salvador.
Él te amó sobre todas las criaturas, y te cubrió de gloria y de belleza.
Ven a ayudarme a mi, que soy pobre, y déjame sacar de tu ánfora desbordante de gracia.

(San Bernardo de Claraval)

Se procede con un canto y se permanece en oración silenciosa hasta el final del turno de oración.

Dependiendo de la duración de toda la Vigilia, se puede repetir este esquema cambiando los pasajes bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Teniendo en cuenta el tiempo litúrgico de la Cuaresma, sería deseable incluir también el *Vía Crucis*. Se podría proponer el rezo del Santo Rosario y/o la Coronilla a la Divina Misericordia.

Algunos pasajes bíblicos para configurar otros turnos de la Vigilia: Lc 24,13-34 (los dos discípulos camino a Emaús); Salmo 51 (salmo del arrepentimiento); Mt 5,43-48 (amor hacia los enemigos).

Como alternativa, tanto para una profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la siguiente *Lectio divina*.

2.4. Lectio divina: 2 Cor 5, 17-21 (II Lectura del IV Domingo de Cuaresma)

1. *Lectio* (¿Qué dice el texto?)

El Papa Benedicto XVI, en una Catequesis dedicada a *Orígenes de Alejandría*, nos invitaba a seguir el método propuesto por este eximio *Padre de la Iglesia* en su “Carta a Gregorio” para acercarnos y comprender la *Sagrada Escritura*: «“Dedicaos a la ‘lectio’ de las divinas Escrituras; aplicaos con perseverancia. Empeñaos en la ‘lectio’ con la intención de creer y agradar a Dios. Si durante la ‘lectio’ te encuentras ante una puerta cerrada, toca y te la abrirá el custodio, de quien Jesús ha dicho: ‘El guardián se la abrirá’. Aplicándote de este modo a la ‘lectio divina’, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios *el sentido* de las divinas Escrituras, que en ellas se esconde con gran profundidad (*Carta a Gregorio, 4*)”» (*Audiencia General*, Plaza San Pedro, 2 de mayo de 2007).

Statio: Preparación a la escucha

Dios siempre habla a los hombres, pero para escucharle no sólo hay que tener los oídos abiertos, sino sobre todo el corazón. Pidamos al Espíritu Santo que disponga todo nuestro ser para acoger la *palabra divina*.

Luz esplendente, Tú que iluminas la oscuridad de mi corazón de manera incomprensible, llega a lo más íntimo de mi ser y hazme renacer de nuevo por el fuego de tu amor.

Yo me abandono completamente a ti, que has creado todo de la nada, guíame en total libertad y envuélveme en el fuego de tu amor.

Torrente de vida, Tú que fluyes del corazón del Hijo, al final de esta existencia, despiértame del sueño de la muerte para experimentar eternamente el fuego de tu amor.

Abogado celeste, Tú que conoces mi verdad más profunda, concédeme la sabiduría que viene de lo alto para reconocer mis pecados y purifícame de ellos con el fuego de tu amor.

Dulce Maestro, Tú que forjas las voluntades, enséñame a ser dócil a las inspiraciones divinas a fin que, meditando la palabra divina, se encienda también en mí el fuego del amor. Amén.

Proclamatío: 2 Cor 5, 17-21

«Hermanos: El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo los exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios. Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a Él, recibamos la justificación de Dios».

Lectura orante

Conviene *releer* el texto de manera pausada poniendo atención en algunos detalles para acercarnos al *primer sentido* de la Escritura: el “literal” a fin de «conocer realmente lo que está escrito» (Benedicto XVI, *Audiencia General*, Plaza San Pedro, 25 de abril de 2007).

Este texto forma parte de los escritos paulinos redactados entre los años 54 y 57 d.C., probablemente en Macedonia, dirigidos a la Iglesia de Corinto, que en aquel momento enfrentaba la amenaza de la “división”, lo que causó un gran sufrimiento al Apóstol, quien escribió a los miembros de esta comunidad, en al menos dos ocasiones, para «demostrarles el profundo amor que les tiene» (2 Cor 2, 4), invitándoles a mantener la “comunión”. ¿Cómo? Mediante la “reconciliación”.

A continuación, con colores diversos, subraya en el texto lo que puede ser considerado una consecuencia de la “pertenencia a Cristo”, después aquello que se refiere a la “reconciliación con Dios por Cristo”, en seguida lo que se refiere al compromiso de los cristianos en favor de la “reconciliación” y, por último, el “mandato” del Apóstol a la comunidad.

Posteriormente, para una mayor comprensión del concepto de “reconciliación” es oportuno recurrir a textos correlativos en las mismas *Cartas* de San Pablo, observando el “tipo de reconciliación” al que se hace alusión en el pasaje, quiénes están involucrados, quién toma la iniciativa, cuáles son las consecuencias, por ejemplo: *Rom* 5, 1-11; *Ef* 2, 13-18; *Col* 1, 18-23.

2. *Meditatio* (¿Qué me dice el texto?)

Ahora, somos invitados a acercarnos al *segundo sentido* de la Escritura: el “moral” con el objetivo de descubrir «qué debemos hacer para vivir la palabra» (Benedicto XVI, *Audiencia General*, Plaza San Pedro, 25 de abril de 2007).

A la base de este texto está el *keryma*, ese *anuncio* que conviene escuchar repetidamente porque llena de gozo el corazón humano y da un sentido nuevo a nuestra existencia: Dios nos ha amado en Cristo sin merecerlo y, en consecuencia, nosotros estamos llamados a corresponder a ese amor que nos precede y nos sostiene siempre (cfr. Francisco, *Mensaje para la Cuaresma 2020*, 7 de octubre de 2019, n. 2).

Sin embargo, no siempre correspondemos a ese amor. Lamentablemente, un sinnúmero de *hechos* que generan *división y confrontación*, sea al interno de la sociedad o de la Iglesia, lo manifiestan. Éstos son consecuencia de un abuso en el ejercicio de la libertad o de una búsqueda excesiva de los propios intereses en detrimento del bien común (cfr. *Gn* 3, 1-13; 4, 3-10; *Ex* 32, 1-10; *2 Re* 11, 2-17; *Dn* 5, 1-30).

A pesar de nuestra falta de fidelidad y de amor a Dios y de una desproporcionada confianza en nuestras capacidades y recursos, Él no deja de mostrarse misericordioso y dispuesto al perdón porque «conoce de qué estamos hechos, sabe muy bien que no somos más que polvo» (*Sal* 103, 14), que somos frágiles. Baste citar el modo en que actuó con Caín, David, Salomón o con el mismo pueblo de Israel, a quienes absolvió de sus pecados, impulsado sólo por la magnanimidad de su amor pues «no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas» (*Sal* 103, 10).

Jesús expresa esta verdad de manera extraordinaria en la parábola del *Padre misericordioso* (*Lc* 15, 1-3. 11-32). En ella, nos revela que Dios es ese “padre” quien espera el retorno del “hijo menor”, y cuando esto ocurre, compasivo, «se le echó al cuello y lo cubrió de besos» (*Lc* 15, 20). No hay reproches sino comprensión porque justamente «como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles» (*Sal* 103, 13). No obstante, la actitud del padre, el “hijo mayor” asume la condición de juez y recrimina al padre su manera de proceder ante las faltas del “hermano menor”.

Cristo, como afirma San Pablo en *2 Cor* 5, 17, a quien pertenecemos por el bautismo, nos ha transformado por la acción del Espíritu Santo en «criaturas nuevas», es decir, en “hermanos suyos” e “hijos de Dios” su padre. Esto ha generado una “nueva relación” de los creyentes con Dios (con cada una de las divinas personas) y entre nosotros mismos. Y a diferencia de los reproches del “hijo mayor” de la parábola, Jesús interviene favorablemente: «murió por todos» (*2 Cor* 5, 15) para reconciliar a la humanidad entera con Dios – su padre y nuestro padre – «sin pedirle cuentas de sus pecados» (*2 Cor* 5, 19).

Tal acto comporta una doble consecuencia. Por una parte, la Iglesia ha recibido el encargo del «ministerio de la reconciliación» (*2 Cor* 5, 18), el cual ejerce a través de los Presbíteros, quienes han «recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados» y son llamados a «acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo», sin hacer «preguntas impertinentes», siendo «siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia» (*Misericordiae Vultus*, 17). Por otra parte, la comunidad cristiana tiene la misión de proclamar «el mensaje de la reconciliación» (*2 Cor*

5, 19) porque «el perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices» (*Misericordiae Vultus*, 9).

Por lo tanto, dejémonos interpelar por el Apóstol en esta Cuaresma y «en nombre de Cristo, reconciliémonos con Dios» (cfr. *2 Cor* 5, 20).

3. *Oratio et contemplatio* (El texto, ¿qué me inspira decir al Señor?)

En este momento permitimos que sea el Espíritu Santo quien nos guie al *tercer sentido* de la Escritura: el “espiritual”, que «nos hace entender el contenido cristológico» de la *palabra divina*, así como «el *sentido* de los misterios, del que se alimentan las almas de los santos en la vida presente y en la futura» (Benedicto XVI, *Audiencia General*, Plaza San Pedro, 25 de abril de 2007).

La manera de actuar de Dios es desconcertante y dramática al mismo tiempo, así lo percibe el Apóstol: «Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a Él, recibamos la justificación de Dios» (*2 Cor* 5, 21). No sigue la lógica humana, sino que «en Jesucristo, el propio Dios va tras la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical» (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 12).

¿Cómo correspondemos a ese amor? Reconociendo nuestra fragilidad, pero sobre todo el amor misericordioso de Dios, manifestado en Jesucristo, su Hijo, muerto en la cruz para el perdón de nuestros pecados. Desde lo profundo del corazón nos dirigimos a Él con las palabras del *Salmo* 50:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces. En la sentencia tendrás razón, en el juicio brillará tu rectitud. Mira, que en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría. Rocíame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso: enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, ¡oh Dios, Dios, Salvador mío!, y cantará mi lengua tu justicia. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

En silencio dejemos que las expresiones del *salmista* continúen resonando en nuestro interior de modo que nuestros labios exulten en un sinfín de alabanzas a Dios nuestro Salvador.

4. *Deliberatio et actio* (El texto, ¿a qué me compromete?)

La iniciativa **24 horas para el Señor** es un *tiempo de gracia* que la Iglesia nos ofrece para experimentar de nuevo el amor misericordioso de Dios a través del *Sacramento de la Reconciliación* de manera particular cuándo somos conscientes de haber *roto la comunión* con Dios y con nuestros hermanos por el pecado.

Haciendo eco a la exhortación del Apóstol: «En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios» (2 Cor 5, 20), aprovecha la ocasión para confesarte. Sigue el consejo del Papa Francisco: «Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez» (*Christus vivit*, 123).

Pbro. Omar Osiris López García